

la espontaneidad y generalidad del movimiento, no vaciló en prometer la reunión de las antiguas Cortes, pero esta promesa no satisfacía á nadie. La regencia, para evitar el conflicto se apresuró á separar también á los oficiales ingleses de sus regimientos, pero con esta medida no se aseguró la cooperación de las tropas, pues éstas le declararon en 9 de Setiembre que no se batirían contra sus camaradas del Norte. Desde este momento la regencia pudo darse por vencida, pues habiendo mandado al general Pamplona contra Sepúlveda que avanzaba sobre Coimbra, Pamplona tuvo que retroceder porque sus tropas le dejaron poca menos que solo en el camino. Amarante tuvo también que buscar un refugio en España, después de haber por un momento hecho temblar á la Junta Suprema regeneradora de Oporto con su enérgica actitud; tanto, que ésta, asustada por la bravura del hermano de su presidente, perdió la cabeza y anunció en una proclama que iba á entrar en Portugal un cuerpo de tropas españolas para apoyar la revolución, lo que era completamente falso.

Llegó por fin el 15 de Setiembre, y en este día la guarnición de Lisboa se dió el tono de abrir la puerta ya abierta de la revolución, pronunciándose en su favor al mando del conde Razende. Destituyóse la regencia, y se dejó marchar á Forjaz al Brasil para que enterase al rey de lo que había pasado en Portugal. Así lo dispuso la Junta que inmediatamente se formó, Junta que á los pocos días se encontró con Beresford en el puerto de Lisboa. Sabía ya el general inglés lo que había ocurrido por haberse enterado en el camino, pero creyéndose, y no se equivocaba, seguro en su navío, entróse por el Tajo y procuró intimidar á la Junta de Lisboa amenazándola con la intervención de Inglaterra; pero la Junta le contestó que no respondía de su seguridad si desembarcaba, y el prudente inglés se dió por convencido; zarpó de Lisboa y regresó á su patria á defenderse del asesinato de Freire y sus compañeros.

Achaque es de los pueblos todos de la península ibérica, que prueba que una misma sangre corre por sus venas, creerse todos ellos capaces de imponer su opinión particular á la capital. Nombrada la Junta de Lisboa, ésta no quiso reconocer á la de Porto su título de Junta suprema, ésta por su parte no se mostró conforme con someterse á la de Lisboa, de modo que todo tendía á un conflicto que se salvó reuniéndose las dos juntas en una sola, bajo la presidencia del obispo Freyre, —1.º de Octubre.—Silveira tuvo la vicepresidencia. Parecía con esto hecha la paz,

pero Antonio Silveira no se contentaba con tener el segundo puesto, quería dominar la situación y sin pensar el tremendo daño que iba á hacer á la revolución logró que dos de los generales del ejército de Oporto, movidos por los celos que les causaba la popularidad de Sepúlveda, dieran el grito de Cortes de Cádiz en 11 de Noviembre, logrando imponerse momentáneamente, tanto que Teixeira, uno de los dos generales, fué nombrado general en jefe, y varios amigos de Silveira tuvieron entrada en la Junta. Pero pasado el momento de la sorpresa no sólo se deshizo todo lo hecho sino que la Junta confinó á Silveira á sus tierras de Tras-os-montes en donde principió ya á su llegada á trabajar por la contrarrevolución. De estos cambios de ideas está llena la historia, tratándose de radicales.

«Todos esos sucesos caracterizan en el más alto grado la naturaleza particular de esta regeneración, la cual, desgraciadamente, no estaba sostenida ni por el renacimiento de la moralidad, muy baja en el pueblo, ni por el desenvolvimiento de su educación política muy descuidada hasta entonces. Oposiciones diversas, sostenidas por los partidos y cuya naturaleza no comprendieron jamás los observadores de esos movimientos, estaban en lucha entre sí; pero esos partidos no tenían verdaderos jefes ni los instrumentos que necesitaban; además, el fin que querían alcanzar no lo aprobaba la razón ni podía ser francamente confesado. Al lado de un partido aristocrático poco numeroso y compuesto de conservadores muy rígidos, había constitucionales moderados, quienes, según los diarios *whigs*, no esperaban el triunfo de sus principios sino el regreso del rey al país; mientras que según los diarios *tories* querían hacer subir al trono otra rama de la casa de Braganza. Unos y otros en ese momento parecían desbordados por los revolucionarios, á quienes los ingleses, siempre pesimistas por las cosas que más temen, atribuían la intención de querer obtener no sólo la Constitución española, sino también la unión con España, á la que consideraban, sin fundamento alguno, como causante de la bullanga del 11 de Noviembre.»

Lo que sí puede afirmarse es que las ordenanzas electorales de 31 de Octubre, habían disgustado por igual á todos los partidos. Porque si de un lado se proclamaba el sufragio casi universal, del otro se aplazaba la reunión de las Cortes para primero de año, mientras un tercer partido quería que se proclamara una Constitución sobre la marcha y por esto se pedía la Constitución española que en efecto proclamó la Junta el 11 de Noviembre. Que éstos

por el momento representaban la mayoría de los políticos militantes, lo prueba que la Junta dictó el día 22 unas nuevas ordenanzas electorales que fueron las que sirvieron para hacer las elecciones y en las que se adoptaron las bases de la Constitución española, previniéndose que en las instrucciones que habían de darse á los diputados elegidos, se les prescribiera de elaborar una Constitución sobre la base de la que reinaba en España, ó bien la de adaptarla á la condición particular de Portugal, empero, conforme á un espíritu todavía más liberal.

Juan VI dió su aprobación á lo hecho, no sin comprender á los que tales demasías habían cometido y autorizado y esto hizo antes de saber el resultado de las elecciones que fueron en extremo favorables al partido y causa realista, tanto, que éstos sintiéndose fuertes no quisieron ir á las Cortes si previamente el rey no autorizaba su reunión, lo que empero tuvo lugar el 26 de Enero de 1820, por haberse reunido el número de diputados prevenido por la Junta,—las dos terceras partes,—para poder principiar sus sesiones, nombrando presidente al arzobispo de Bahía en medio de las más ardientes protestas de monarquismo. Juan, áun antes y después de saber esto hubiera aprobado lo ocurrido en Portugal, á donde ofrecía regresar si se le trataba bien, porque el Brasil le forzó la mano.

Fué, durante siglos, el Brasil para Portugal la más engorrosa y más desatendida de sus muchas colonias, creíase inferior á sus posesiones asiáticas y por lo mismo se le dejaba abandonado á sus salvajes habitantes. La colonización europea no adelantó sino al descubrirse las minas de oro, lo que no fué sin gran daño de la población brasileña que se abandonó á toda la rapacidad de los *donatarios* y de los *conquistadores*, que así se llamaba á aquellos á quienes el rey hacía concesiones de tierras ó les abandonaba las tierras incultas, gentes que, como es natural, principiaron por reducir á esclavitud á los indios que encontraron establecidos en las tierras que se les había *donado* ó *conquistado*, principiando entonces con todos sus horrores la esclavitud en el Brasil.

Con la llegada de los jesuitas, mejoró grandemente la situación de los aborígenes, pudiéndose asegurar que á su gobierno severo y flexible se debieron los progresos realizados en el Brasil. El gobierno de éste estaba bajo el mando nominal de su virey, pues los gobiernos provinciales eran de hecho independientes. Estos gobernadores no podían estar en sus puestos más que tres años.

Revéase lo que hemos dicho de la situación eco-

nómica de la América española y aplíquese todo lo que allí decimos al Brasil y se tendrá un cuadro acabado de la situación del Brasil al tiempo de emigrar allá la dinastía portuguesa.

Cuando en el Brasil se supo la determinación de la regencia de trasladarse á América, el entusiasmo y la alegría públicos, que contrastaban de una manera cruel con el motivo que la había impuesto, era la sátira y el sarcasmo más duro que pudiera hacerse del gobierno del Brasil por Portugal, ¿pues cómo no recibir al futuro rey con lágrimas á los ojos al verle fugitivo de su patria, si su segunda patria había sido por él gobernada con equidad? La alegría del Brasil que se demostró con días y más días de regocijo al poner pié en tierra la familia de Braganza, se fundaba en la convicción profunda de que se iba á abrir para él un nuevo período de vida, y no se engañó. El Brasil que no tenía, porque no podía tenerlos, ni imprenta ni periódico alguno, tuvo una y otra casa á la llegada de la Corte. El Brasil, que no podía tener un teatro, elevado por el clero á la categoría de escuela de las malas costumbres, tuvo desde luego su teatro. El Brasil que no había podido conseguir la fundación de un Banco, que se le negaba por lo mismo que era solo Portugal quien podía comerciar con el Brasil, tenía ahora su Banco que necesitaba el gobierno para la administración de los monopolios reales. De modo que el Brasil, con solo tocar su suelo la dinastía, se vió convertido de repente de colonia inicuamente explotada, en reino poderoso y organizado, bien que mal, á la moderna. Agréguese á esto la presencia del comercio inglés debida á las causas que ya hemos mencionado y el gran desarrollo que las mismas dieron á las manufacturas y agricultura brasileñas y se tendrá razón del delirante entusiasmo y del gran espíritu de reformas que circuló con la velocidad del rayo por todo el país.

Por desgracia, con la dinastía emigraron multitud de zánganos que un hombre más previsora y enérgico de lo que lo era Juan VI, hubiera dejado en Portugal, porque al traerlos al Brasil hubo de hacerles una posición, hubo de darles un puesto y esto no podía hacerse sino en perjuicio de los naturales que se veían ahora pospuestos por esos advenedizos, quienes considerándose allí como transeúntes, se oponían á la fusión de los dos elementos, del americano y del peninsular, cuando solo la fusión más completa podía impedir que el Brasil se contaminara con la revolución hispano-americana.

Acentuándose la lucha entre los dos elementos, Pernambuco, que siempre se había distinguido por

su temperamento levantisco y liberal, fué la primera de las ciudades en recibir y cubrir á los regeneradores brasileños; en efecto, en 1814 se fundó allí una sociedad secreta para establecer en el Brasil el gobierno republicano.

Tan notoria era la agitación y disgusto del país, que el gobierno creyó que debía prevenirse para lo que pudiera ocurrir al efecto, haciendo venir de Portugal,—1815,—un cuerpo de tropas para defenderse é imponerse. «Al mismo tiempo, procuró calmar la agitación por medio de letras patentes,—16 de Di-



Paisaje brasileño

idea clara de su propio valor. La primera irritó, desde el principio, porque privilegiaba á las tropas portuguesas que poseían, además, el favor de la Corte, y que miraban á los brasileños con tan orgulloso desdén, que su jefe hasta hubiera querido, por medios legales, impedir que los oficiales indígenas pudieran pasar del grado de capitán. Más tarde, cuando la revolución estalló en Portugal, las quejas y los nuevos principios políticos de Portugal estaban fuertemente representados en la división del ejército que se encontraba entonces en el Brasil; ese hecho se convirtió pura y simplemente en causa de la ruina del absolutismo en ese país.

»En medio de esas disposiciones poco favorables de los habitantes, ocurrióse al gobierno la locura de la empresa contra la Banda Oriental. Era, decíase, como si se sintiera estrecho en las ciento treinta millas cuadradas del Brasil poblado solamente por cuatro millones de habitantes. Con este paso, Por-

ciembre de 1815,—las cuales, habida cuenta de la importancia del Brasil, elevaron esta colonia á la dignidad de reino, concediéndole de ello el nombre y los privilegios, de suerte, que el gobierno reconoció oficialmente al Brasil como siendo de hecho el país principal de la monarquía. Esas dos medidas no causaron el efecto que se había querido producir, la primera, en vez de proteger el poder real, le fué funesta en absoluto; la segunda que provocó en verdad numerosos mensajes de gracias y fiestas sin fin, hubo, sin embargo, de dar á los brasileños una

tugal se puso en un estado de hostilidad permanente con España, y se enredó con todas las potencias, que dirigieron al ministro de negocios extranjeros de Río Janeiro una nota muy viva,—16 de Marzo de 1817,—contra la ocupación de la Banda. Además, se debilitó de esta suerte la autoridad del gobierno lo mismo en el interior que en el exterior; se arruinó el país con nuevos tributos y nuevas cargas; y se dieron golpes funestos al ya moribundo comercio de Portugal con el Brasil, porque los corsarios de Artigas y los piratas de todas las naciones se arrojaron desde entonces sobre los buques mercantes del reino á los cuales nadie protegía; se excitó á la nación española con la cual se estaba en guerra, á tender la mano á los conspiradores brasileños, alentándoles en su empresa en la que trabajaban desde hacía mucho tiempo, obligando al gobierno á que desguarneciera el país.

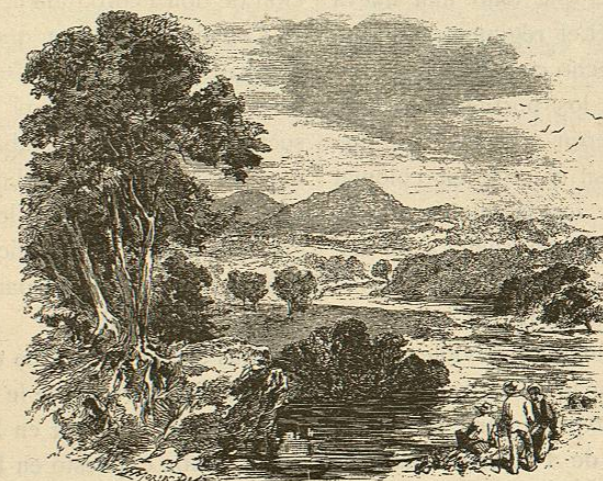
»Todavía los habitantes de Río se entregaban á

las manifestaciones de alegría que había provocado la fácil conquista de Montevideo, cuando recibieron la noticia del levantamiento republicano ocurrido en Pernambuco. Ya en el siglo XVI, el pueblo de esta ciudad se había lanzado con sus propias fuerzas contra los holandeses que allí se habían establecido, y á primeros del XVIII estuvieron á punto de hacer lo mismo con los portugueses. Ahora intentaba levantar por sí sola á todo el Norte, que estaba celoso de los privilegios de que gozaba Río Janeiro. Un accidente aceleró,—6 de Marzo de 1817,—la explosión de la sublevación, sin que pudieran cooperar al mismo los habitantes de Bahía. En Pernambuco

la sublevación tuvo un éxito completo. Bajo la presidencia del comerciante Martins, jefe de la conspiración, se estableció un gobierno provisional que desplegó gran celo para preparar la defensa de la ciudad.

»Sin embargo, en Bahía la revolución fué prevenida. El gobernador, conde de los Arcos, batió á los sublevados de Pernambuco, bloqueó esta ciudad y la obligó á rendirse en 20 de Mayo, siendo ahorcados tres de los jefes de la conspiración.»

En este tiempo en que Beresford mancha sus glorias de Talavera con la sangre de Freire y cuando Inglaterra reclama más imperiosamente el regre-



Paisaje brasileño

so á Europa de Juan VI, quien, naturalmente, se había de decir que si tales cosas pasaban en el Brasil cuando él estaba allí, qué es lo que no pasaría el día que abandonase su capital, claro está que la mejor manera de prevenir todo daño hubiera sido introducir en el Brasil las reformas que allí exigía la situación política creada en América por las colonias españolas sublevadas. Algo se hizo para reemplazar el trabajo de los esclavos por el trabajo libre, pero en suma, las reformas eran pocas y mal sostenidas y en el orden político no se hacía nada: júzguese, pues, dado este estado de cosas, el efecto que había de causar en el Brasil la revolución portuguesa de 1820.

Ya al estallar la revolución española el gobierno inglés temiendo lo que pudiera ocurrir en Portugal, envió á Juan VI un embajador extraordinario, Thornton, encargado de convencerle de la conveniencia de su inmediato regreso á Europa. Juan VI resistió el ruego y permaneció en su puesto, de donde no podía al parecer arrancarle ni la misma sublevación de Portugal, que le dejó frío. En 23 de Diciembre

de 1820 llegó á Río Janeiro el duque de Palmella, para enterar al rey de todo lo ocurrido, aconsejándole que se pusiera en camino para calmar la agitación del país, y le diera una Constitución modelada sobre la carta francesa. Apoyaron esta petición muchos portugueses y en el seno de la familia real se declaró por ella el príncipe heredero Pedro, que pasaba por ser el jefe del partido liberal, como su hermano Miguel lo era del reaccionario y que no corría muy bien con su padre á causa de su gobierno, pero el rey continuó resistiendo á todas las instancias, su apatía era tan profunda que nada al parecer podía arrancarle á ella. Fué necesario que la revolución llegase al Brasil para imprimirle algún movimiento.

Marcha la revolución al encuentro del rey por la isla de Madera á Para, la ciudad más septentrional del Brasil,—1.º de Enero de 1821,—desde donde ganó á Bahía y Pernambuco, en donde reprimió el movimiento Rego. Pero como las guarniciones de Para, Bahía y Montevideo se declararon por la revolución, ya ésta no hubo medio de contenerla y llegó por sus pasos á Río Janeiro.

Principió el rey por crear un Consejo de Estado que debía indicarle las medidas que hubiera de adoptar, luego nombró una Junta,—18 de Febrero,—encargada de buscar qué títulos de la Constitución podrían aplicarse con fruto al Brasil, de modo que, como se ve, el rey no se apresuraba ni á dotar al Brasil de las nuevas instituciones que de tan imperiosa manera se le habían reclamado, ni á embarcarse para Lisboa, por lo contrario el día 21 de Febrero hizo publicar que el príncipe heredero saldría para la metrópoli á fin de ponerse de acuerdo con las Cortes sobre la Constitución y la aplicación de aquellas partes que convinieran al Brasil, que era tanto como decir á este país que bajo una nueva forma iba á continuar para él el régimen de excepción y no el régimen de derecho común.

Con esto contentó tanto á los portugueses como disgustó á los brasileños. Vieron aquellos claro que iba á continuar para el Brasil el régimen colonial que es lo que les convenía, y los brasileños viendo esto no menos claro, dieron rienda suelta á su disgusto demostrando su resolución de obtener las mismas condiciones que la madre patria.

«Todo parecía presagiar una crisis violenta. La agitación aumentó de una manera extraordinaria, cuando se vió al infante Pedro presentarse en el seno del Consejo de Estado,—24 de Febrero,—para reprender enérgicamente á los ministros, por haber uno de ellos propuesto que se le arrestara. Durante la noche del día siguiente dióse orden de prender á los jefes de las sociedades que habían formado los portugueses para obligar al rey á someterse á la revolución y se marchara, quedando para ellos el Brasil en el mismo estado que antes de llegar allá los Braganzas, pero esto descubierto, uno de los conjurados, un jefe de batallón, determinó á su tropa á declararse,—26 de Febrero,—en favor de la Constitución en toda su integridad; las tropas portuguesas y brasileñas fraternizaron, ocuparon la plaza principal de Río Janeiro,—la del Rocío,—formando allí un centro á cuyo alrededor se agruparon todos los elementos revolucionarios de la capital. El príncipe heredero se presentó en el balcón de las Casas consistoriales para escuchar los deseos del pueblo y comunicarlos á su padre.

El rey consintió en seguida sus peticiones, firmando un decreto con fecha atrasada,—24 de Febrero,—para que no se dijera que había cedido á la presión, sino que había obrado espontánea y liberalmente.

«Leyó el príncipe ese decreto en medio del pueblo reunido en la plaza, y, acompañado por la

multitud que lanzaba gritos de júbilo, se marchó con ella al teatro, en donde, como se había hecho en Lisboa, el pueblo nombró por aclamación á los nuevos ministros. Luego juró Pedro fidelidad á la Constitución futura, en su nombre propio y en el de su padre, á quien el pueblo, embriagado de placer, fué á buscar en su casa de campo, á S. Christovao, para llevarle en triunfo á la ciudad, en donde la multitud que le llevaba en brazos le hizo subir las escaleras de palacio, medio muerto de terror. Con la nueva de ese gran cambio, se envió á Lisboa,—28 de Febrero,—un mensaje anunciando que el rey regresaría á Portugal con toda su familia á excepción de don Pedro, quien, hasta la introducción de la Constitución, debía quedarse en el Brasil á la cabeza de su gobierno. Como el primer artículo del *pacto social* pedía que el soberano residiera en la sociedad en donde estaban las Cortes, que así se expresaba el decreto real, la escrupulosa conciencia, con la cual quería el rey llenar sus obligaciones, exigía que hiciera á la felicidad de sus pueblos el penoso sacrificio de separarse por segunda vez de sus queridos súbditos.

«Mas cuando se acercó el día de la separación, el rey, á quien parece que le desazonaban más los peligros que iba á correr en Portugal que no aquellos á que estaba expuesto en Río Janeiro, se arrepintió de haber hecho su promesa de salir y procuró sustraerse á ella. Un medio se le ofrecía para ello naturalmente. De sobra habían comprendido los brasileños cuales serían las consecuencias de su irreflexiva revolución. Ese regreso del rey á Lisboa y su sumisión al poder de las Cortes portuguesas, no podían ser más que los primeros pasos dados para el restablecimiento de la antigua condición del Brasil vis á vis de Portugal. No había más que ver la cara de Pascuas que ponían los portugueses, para comprender que esperaban que iba á empezar de nuevo el buen tiempo antiguo. La palabra *recolonización* pasaba de boca en boca, y la concordia establecida en 26 de Febrero, cedió su puesto á nuevas divisiones nacionales. Procuró el rey aprovecharse, haciendo convocar á los electores de Río Janeiro, sin la menor apariencia de razón, para ordenarles que examinaran concienzudamente la cuestión de saber si estaban contentos de la regencia de don Pedro; pues en caso contrario, decía el rey, tendrían que hacerle proposiciones más dignas. Reuniéronse los electores en Asamblea en la nueva Bolsa el día 21 de Abril, reinando inmediatamente en ella la confusión más turbulenta. La Asamblea dió inmediatamente orden de impedir la salida de la escua-

dra real que estaba próxima á hacerse á la mar. Al mismo tiempo, cosa extraña, para que nada faltara á la repetición de las escenas que habían pasado el día 11 de Noviembre de 1820 en Lisboa, se pidió al rey que diera fuerza de ley á la Constitución española hasta tanto que se hubiese terminado la de Portugal.

«Los portugueses de un lado y don Pedro de la otra, vieron que sus proyectos corrían peligro de venirse abajo en el último momento. Una división de tropas portuguesas se reunió prontamente en una plaza vecina. Vióse al infante Pedro en medio de los soldados en una hora avanzada de la noche, esa soldadesca dispersó la Asamblea de los electores por medio de un acto de violencia sangrienta, en la cual habían mojado, Pedro y su confidente, el conde de Arcos. Según la relación menos severa, el príncipe aprovechó la agitación que reinaba en la ciudad para arrancar al rey una orden de disolución de la Asamblea de los electores. El general,

encargado de hacer ejecutar ese mandato, lo comunicó, sin estrépito, al presidente de la Asamblea; pero como el tumulto continuaba reinando en la sala, se dió orden de evacuarla y de detener á los recalcitrantes. Una parte de la Asamblea resistió y amenazó con rechazar de viva fuerza todo ataque dirigido contra ella; cuando una compañía de soldados echó abajo las puertas, entró, hizo una descarga al aire contra los electores reunidos y los expulsó violentamente de la Bolsa. Todo esto no hubiera sido necesario para forzar en fin al rey, á quien tenían amedrantado las circunstancias, á dominar sus simpatías. Al día siguiente,—22 de Abril,—retiró su decreto relativo á la Constitución española; hizo publicar sus resoluciones relativas al establecimiento de la regencia y del gobierno provisional, y abandonó á Río,—24 de Abril,—antes de que la ciudad se hubiese repuesto de la consternación causada por los últimos sucesos.

El día 3 de Julio de 1821 el rey entraba en el Tajo.

